

# EL HOMENAJE A SUÁREZ

ESTA noche los amigos de Julio E. Suárez vamos a ofrecerle una demostración festejando el décimo aniversario de su novela Peloduro. Aparte del homenaje al artista que es Suárez —y cuyo significado no encuadra en esta sección— posee la fiesta el carácter de un acontecimiento deportivo que, eso sí, es lo que queremos señalar quienes, desde un plano semejante, hacemos lo posible por estimular y propiciar esa noble actividad. La novela de Peloduro es la vida del crack nuestro, auténtico, actual. Ese es su mayor valor. Las personas que dentro de quince o veinte años —cuando el profesionalismo se desenvuelva en un régimen perfecto— deseen conocer el ambiente íntimo, el espíritu de este período del fútbol local, tendrán que recurrir a estos relatos de Suárez, hechos en forma humorística siempre, pero con un fondo de verdad que es, a veces, amarga; con sus ilusiones y fracasos, con sus triunfos y sus reveses. La vida del crack no fué siempre la misma. Según las antiguas crónicas surgieron los primeros de entre jóvenes estudiantes y obreros que lo tomaron como simple pasatiempo novedoso, emulando a sus importadores ingleses. Más tarde, asentándose en el gusto popular, cuenta con cultores que le prestan una dedicación mayor y, sin abandonar sus ocupaciones habituales, ven en el fútbol algo más que un entretenimiento. Y así, arraigándose cada vez más fuerte, llegamos a nuestros días en que es una profesión, un medio de vida y una esperanza para buena parte de una juventud lanzada a la vida sin otro caudal más que ese, que su juventud. Esta etapa es la que está historiando Suárez con su fina sensibilidad, con hondo sentido humano, con sorprendente veracidad, para decirlo de una vez. Porque el artista aquí no inventa nada; él toma de la realidad y sus personajes se desenvuelven en el dibujo con la misma comodidad con que lo harían en la calle que los vio nacer. Por esta particularidad, precisamente, no encuentro feliz ese juicio tan divulgado de que Suárez es el Walt Disney criollo. Suárez se parece a Disney en que ambos dibujan; de la misma manera que me parezco yo, también, a Disney, en que los dos somos hijos de Adán. Pero el yankee fantasea, inventa, crea. Para su ima-

ginación no hay obstáculos, no hay ninguna realidad que lo detenga, no hay ninguna lógica que lo limite. Para Disney, los árboles juegan a la baraja y las tortugas tocan la guitarra y los caracoles se devoran a los leones. La serie de sus recursos es, pues, infinita. Suárez, en cambio, tiene que ajustarse a la verdad, no salirse de ella, buscar aquí, en el reducido ambiente nuestro, sus temas y sus hombres de carne y hueso. Y de esta manera, si Disney consigue distraer a los adultos con historias para niños, Suárez logra emocionar a los niños con cosas que son de hombres. De ahí que su trabajo sea más serfo y admirable. De allí también que sea estimada por todos su labor en el periodismo diario, donde es tan difícil evitar que, de repente lo pasen por alto. Frente al lector que en el tranvía abre el diario en la página de Suárez he sentido la misma zozobra que cuando la dobla en una crónica mía. Hago fuerza para que la termine. Quiero que le guste porque él es el árbitro supremo. Observo su gesto complacido y pienso: "ahora va por la parte donde el tipo se resbala". Pero el lector se pone serio de golpe, su gesto es de disgusto, clava la vista en una palabra como si quisiera convencerse bien de que está ahí escrita y uno siente un calorcito que le sube del pescuezo hasta las orejas. Pero el hombre rasca un poquito las letras y sigue leyendo. Era sucio de las moscas. Sin embargo se estaciona demasiado en el mismo lugar. Eso nos hace entrar en la sospecha de que está distraído, pensando en otra cosa y dan ganas de toser para despertarlo. No precisa. Despierta bruscamente para mirar con insolencia las piernas de una muchacha que atraviesa el pasillo. Está a punto de abandonar la lectura y uno se siente humillado, despreciado, juzgado sin previa defensa, y entran tentaciones de decirle: "Leelo todo, pedazo de bruto, y después pensá lo que quieras..."

Esta es la psicología más generalizada del lector del diario. Por eso digo que, conseguir como lo ha hecho Suárez, que no se lo salteen es un triunfo que bien justificará la cantidad de demandados que va a haber mañana después del banquete, tomando leche de a sorbitos bien apretados, "para hacer pared". — EL HACHERO.